

LA VIOLENCIA NO GENERA SINO VIOLENCIA

Homilía del Señor Cardenal en la noche de la Resurrección

En esta noche la cristiandad entera y nosotros con ella nos hemos reunido a orar para anticipar la conmemoración del Misterio de la Resurrección de Jesucristo. Nuestra fe, la tradición de nuestros padres y la Iglesia Santa nos han transmitido la jubilosa nueva de que Cristo, después de haber muerto, ha resucitado. Nosotros, como tantos de nuestros hermanos, hemos venido en esta noche a celebrar este hecho misterioso, este hecho sobre el cual está basada la fe, la religión de Cristo el Señor. Porque Cristo ha resucitado, mis queridos hijos, por eso creemos en Él. Yo quisiera, en nuestra patria hoy día, en este año de gracia de 1974 como llamamos los cristianos los años que han seguido al hecho trascendental de la resurrección de Jesucristo, que nos pusiéramos delante de esta fe nuestra, basada en Jesucristo, creída por la Iglesia, proclamada por las generaciones de cristianos y también por nosotros, delante de este acervo de fe, de esa predicación del Evangelio, de esa buena nueva que Cristo ha traído para conformar nuestra vida con aquel anuncio de salvación que el Señor nos trajo y que viene a ser corroborado, afirmado, por su resurrección gloriosa. Hoy, en nuestra patria,

nosotros que somos cristianos, ¿qué debemos decir ante el mensaje del Señor, y ante nuestras vidas? ¿Qué debemos hacer confrontando estas dos realidades? ¡Cristo que nos ama, Cristo que vino a redimirnos, Cristo que ha derramado en cada uno de nosotros el agua santa del bautismo, su gracia redentora, para hacernos criaturas nuevas para crear un pueblo nuevo, el pueblo de Dios! ¿Qué debemos decir, mis queridos hijos?

Ante la realidad de nuestras vidas ¿somos realmente nuevas criaturas? ¿Hemos recibido en nuestra alma el bautismo en tal forma que ha transformado nuestra sociedad, nuestra comunidad de hombres, que vive en esta hermosa tierra que Dios nos ha dado? ¿Es una comunidad de cristianos? Esta es la pregunta que yo me hago.

Este es el desafío, como decimos hoy, que la historia de la Salvación lanza a este pueblo, a nuestro pueblo, a nosotros. ¿Somos o no somos hijos de Jesucristo? ¿Somos o no somos cristianos?

Vuestro Pastor, mis queridos hijos, tiene conciencia de lo que esto significa: ser de Cristo. Vuestro Pastor reconoce su debilidad, su pequeñez y la distancia

enorme en que él se encuentra del ideal que Cristo ha querido traer a la Tierra.

Sin embargo, confiando en el Señor, confiando en su bondad, en su gracia, en la existencia que El le ha prometido, y también a todo su pueblo hoy se atreve a interrogarse a sí mismo y a interrogar a todos los cristianos sobre esta realidad. ¿Somos o no somos cristianos? ¿Qué significa ser cristiano?

Ante todo, significa reconocer a Dios que es el Único, que tiene derecho a exigirnos a nosotros la entrega total de nuestro amor. A reconocer a nuestro Dios como nuestro Creador, a reconocerle el derecho a imponer sus leyes en nuestras vidas y a reconocerle también como nuestro juez. Pero por sobre todas esas cosas, a reconocerle como el Amor que se ha hecho Carne, que ha venido a vivir entre nosotros para redimirnos.

Este Dios que es Nuestro Creador, que ha hecho todas las cosas, según lo hemos leído en los libros santos, en palabras muy sencillas, adecuadas a nosotros los hombres, este Dios que nos ha traído a la existencia y que tendría todos los derechos sobre nosotros, ha querido ser un humilde niño, se ha encarnado, ha vivido entre los hombres, ha sufrido las discusiones de los hombres, las contrariedades y las luchas humanas. Se ha hecho uno de nosotros y ha sido víctima de las pasiones humanas muriendo por nosotros, recabándonos no la obediencia ciega y temerosa del esclavo, sino el amor del hijo que reconoce al Padre, que El ama y obedece con inmenso cariño.

Ser cristiano significa, mis queridos hijos, reconocer a nuestro Dios y saber que El pretende de nosotros nuestro amor.

¿Qué otra cosa significa ser cristiano? Significa, mis queridos hijos, que todos somos hijos del mismo Padre y nos reconocemos como hermanos. Significa que debemos respetarnos, porque no hay ninguno de nosotros que sea inferior a los otros delante del Señor. Significa que debemos respetarnos también, porque el amor sabe igualar las distancias, sabe sobreponerse a las diferencias, y sabe perdonar las debilidades. Dos grandes amores se anidan en el corazón del cristiano: el amor a su Dios y el amor a su hermano. Esta es la ley.

Y ahora yo me pregunto, en esta tierra nuestra ¿reina esta ley? ¿somos nosotros realmente hijos de Dios? ¿nos sentimos hermanos de nuestro prójimo, establecemos una ley, la ley que Cristo ha proclamado? ¿no queremos que a nadie se le haga lo que a nosotros queremos que no se nos haga? ¿sabemos que tenemos que amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿lo cumplimos? Esta es la pregunta que hoy nos hacemos.

Realmente vuestro Pastor, mis queridos hijos, tiene inmensas dudas. Tiene una gran aprensión. No está cierto que nosotros seamos fieles hijos del Padre de los Cielos, que amemos a Cristo el Señor que ha muerto y que ha resucitado por nosotros en la persona de nuestros hermanos. No estamos ciertos.

¿Por qué? Hemos presenciado desde la última Pascua de Resurrección hasta ahora las vicisitudes de nuestra historia, los dolores de nuestro pueblo, las luchas de nuestros hijos. Lo hemos presenciado. Sentimos dolorosamente que nuestro pueblo, que nuestros hijos, que estos hijos de Dios y el pueblo de Dios, no sean capaces de comprenderse, de respetarse, de amarse; y que, por

el contrario, los odios fratricidas se despierten entre nosotros.

Hemos presenciado la lucha y hemos visto la muerte de nuestros hermanos. Hemos visto el dolor de una situación sangrienta en nuestra patria, de una guerra entre compatriotas. Hubiéramos querido evitarlas; hemos hecho todo lo posible por evitarla; al menos así lo pensamos. Tal vez también nosotros hemos sido culpables y no hemos hecho todo lo que debiéramos. Hemos dicho que la violencia no genera sino la violencia y que ése no es camino de hacer una sociedad más justa y mejor. Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Les hemos dicho, en todos los tonos, esta verdad. No se nos ha oído. Y por eso hoy día lloramos el dolor del Padre que presencia el desgarramiento de su familia, la lucha entre sus hijos, la muerte de algunos de ellos, la prisión y el dolor de muchos de ellos. Sin embargo, mis queridos hijos, tenemos una esperanza a pesar de nuestras debilidades, de nuestras flaquezas, de nuestras faltas. Nosotros confiamos en Cristo, confiamos en el Señor y a El le pedimos con las ansias del Padre atribulado ante el dolor de sus hijos, que haga renacer la paz en nuestra tierra, que sus hijos se comprendan, que todos nosotros, todos sin excepción, podamos trabajar por la grandeza de esta tierra que amamos y que El nos ha dado, como señal de su inextinguible amor.

Tenemos confianza y tenemos esperanza.

¿Creeríais mis queridos hijos que en este momento, según me dicen, vuestro Pastor, vuestro Obispo que os habla, está amenazado de muerte y tiene que llevar una escolta para que lo defiendan? ¿Creeréis que esto es posible en esta Tierra nuestra? Yo me pregunto: ¿qué mal he hecho? Me pregunto: ¿cómo es posible que los odios de mis hermanos lleguen hasta concebir la posibilidad de esta aberración? No lo puedo creer, no lo puedo creer. Yo no puedo creer que alguien pretenda levantar su mano contra un pobre hombre, que no es nadie, pero que tiene sobre sus hombros la Cruz de Cristo y que su cabeza ha sido ungida por la gracia del Pontificado. No lo puedo creer. Yo tengo una esperanza. Amo a mi pueblo. Amo a mi gente y realmente si fuera necesario morir por ella, yo le pediría al Señor que me diera fuerzas para cargar con su Cruz hasta el extremo. Pero quisiera que mi pueblo viviera en Paz, que los hombres de mi tierra pudieran todas las mañanas levantarse y ver ese sol que nos alumbra, ver las montañas, los valles, los mares, pensando que aquí nadie les persigue, que no deben tener temor, que la gracia de Dios lo llena todo. Y es de todos.

Quisiera pensarlo, mis queridos hijos. Y tengo la esperanza de que así sea. Vuestro Obispo quiere que los dolores de su tierra, de sus hijos, se terminen. El no se engaña tampoco creyendo que todo sea dolor, miseria y lágrimas en esta tierra nuestra.

Sabe que hay muchos de nosotros, la inmensa mayoría, que no tiene temor, que está en paz. Pero yo tengo que decirles a todos los hombres de esta tierra que hay quienes sufren, para que su corazón sea más fraterno, para que comprendan, para que ayuden a quienes sufren. Porque debiéramos todos los que estamos bien, los que nos sentimos alegres, los que hoy debemos agradecerle al Señor por las gracias que hemos recibido, pro-

meterle a El que vamos a emplear nuestra alegría, nuestra gracia, los bienes que nos da, para hacer más felices a nuestros hermanos y precisamente para consolar al que sufre, para enjugar las lágrimas del que llora, para cumplir el Evangelio.

¿Será mucho pedir? ¿No es esto mis queridos hijos lo que Dios quiere de nosotros? Uno solo, uno solo murió por todo el pueblo. Uno solo fue la víctima inocente que se entregó para redimir a toda la humanidad, y esa sola familia, en Jerusalén, hace dos mil años lloró amargamente por la muerte del hijo querido, del amigo, del hermano, del Maestro. Ese solo grupo humano con su dolor ha servido para redimir a la humanidad entera y para darnos a nosotros la gota de felicidad que tenemos.

Bendito sea el dolor de Cristo que ha venido a sanar nuestras miserias y dolores. Por eso hoy vuestro Pastor, en vuestra compañía, viene a pedirle al Señor, confiando en la bondad de los hombres, la comprensión para todos. Que sepamos enjugar las lágrimas, consolar a los afligidos, darles libertad a los cautivos y liberar a los hombres.

ASI SEA.

Raúl Cardenal Silva Henríquez
Arzobispo de Santiago

Santiago, 13 de abril de 1974.